

1

Oct 14/56

# EDITORIAL

## Educación, la mejor arma contra el juego

**N**UMEROSAS instituciones de grande arraigo y prestigio en nuestra sociedad han suscrito una importante declaración contra la funesta plaga del juego, en vibrante reacción de apoyo a la iniciativa de los Escuderos de Colón de abrir campaña contra tan demoleedor mal social.

La viril declaración se orienta en dos direcciones. Una propugna combatir el juego ilegal mediante la persecución cívica, denunciando a sus mantenedores ante los tribunales de justicia, para que caigan sobre los culpables las sanciones del Código y que la ejemplaridad del castigo los contenga. La otra modalidad del manifiesto busca movilizar las voluntades ciudadanas y despertar las conciencias en respaldo cooperador de la regeneración de las costumbres.

El primer aspecto de la campaña no es prácticamente realizable. La batida punitiva contra el juego, no pueden darla las instituciones firmantes fiadas a sus solos medios. En general, las formas coactivas no mejorarán sensiblemente la moral y las costumbres, aunque en la empresa actúen las fuerzas represivas del Estado. La falla ésta en que existe una masa enorme de jugadores que hace posible el jugoso negocio. Las propias instituciones firmantes del citado manifiesto lo dicen: "El juego de azar está por desgracia muy arraigado en la médula del pueblo, como dolencia endémica".

Por eso, ante el gravísimo problema planteado, entendemos que la solución ha de hallarse mejor en la educación que en el castigo. Recordemos a Sarmiento: "Si el pueblo es el soberano, eduquemos al soberano". Mirando a estos objetivos, si que luce ancha y fecunda la obra que debe planificarse y emprenderse coordinadamente contra el juego. Aquí es donde acierta más virtualmente la exhortación que comentamos, cuando expone: "Hay que despertar el sentimiento público de condenación contra la corrupción de las costumbres, que roe las entrañas de nuestra sociedad. Para ello es necesario abandonar la cómoda postura de "dejar hacer", pues en punto a males de tan pernicioso influjo como los anotados, sus terribles consecuencias a todos afectan; y aunque no sea más que por instinto de conservación social, urge poner coto a tanto desmán. Precisa que cada ciudadano no sólo se abstenga de jugar al "prohibido", sino que haga campaña contra éste y los demás juegos de azar que suscitan semejante vicio".

En efecto, hay que luchar contra aquella endemia del mal nefasto con el mismo tesón y capacidad educativa con que debe combatirse el analfabetismo. El Bloque Cubano de Prensa ha dado el ejemplo abriendo la campaña positiva de enseñar a leer. Juego y analfabetismo son males que sólo pueden curar y redimir la enseñanza y la propaganda intensiva y continuada para impulsar la acción constructiva, particular y colectiva.



Infortunadamente, en Cuba una parte de la propaganda comercial se ha puesto al servicio indirecto del juego, halagando, sin proponérselo, esos sentimientos y esas pasiones latentes. Así vemos cómo los planes de regalos ponen el énfasis de la propaganda no en la bondad del producto patrocinado, sino en las perspectivas de "ligar" la suerte. Siguiendo estos impulsos, la competencia del juego industrial ha llegado a ser enorme. En los públicos sorteos que las empresas competidoras realizan se exhiben tarjetos contentivos de las fichas de millón y medio de jugadores-concursantes. No importa que uno solo sea el afortunado. La publicidad se encargará de seguir alimentando en los restantes decepcionados la esperanza del juego y de las rifas como la solución ideal para sus necesidades y agobios. También a los niños se dirige esta forma de propaganda del juego comercial para ganar juguetes, otros bienes o dinero. Insensiblemente estos niños se van convirtiendo en los jugadores potenciales del mañana.

Contra esa popularidad del juego como algo consustancial al pueblo, es que hay que luchar, en las escuelas, en las universidades, en la radio y la televisión, en la prensa, en las iglesias, en el taller, en el hogar, no en forma de admoniciones o sermones dispersos, sino de planes educacionales de fondo, hábiles, prácticos, eficaces y persistentes.

Esas son las buenas perspectivas que abre el saludable y edificante manifiesto de veintiséis instituciones cubanas contra el juego.

Lo que hay que conseguir es que la gente no juegue. Convencer a los que hoy mantienen ese negocio de que están haciendo un mal negocio, resultará más eficaz que las batidas de la policía a los banqueros y apuntadores. Educar contra la inclinación al juego es el objetivo esencial en una batalla que ha de combatir un mal de siglos.

